

# La pechera maldita

Leandro Quiroga  
y Ramiro Coronel Román

*Los medios señalaron con saña la participación política de miles de jóvenes. Dijeron que la solidaridad no tenía que ponerse la camiseta y todo se tiñó de sospecha. Notas que sirven para convertir el estigma en bandera.*

**La noche del 2 de abril** quedará para siempre en la memoria de los vecinos de la ciudad de La Plata. Aquello que parecía casi un cuento fantástico se fue haciendo carne en todos los que sentíamos que ya nada volvería a ser lo mismo. Para muchos, los recuerdos, los sueños, los deseos quedaron bajo el agua oscura. Un agua negra que no sólo inundó, sino que arrastró, que lastimó, que mató.

Una ciudad, un pueblo, que fue pasando de las angustia a la solidaridad, de la desesperación al encuentro con los otros, de un llanto en soledad a la reconstrucción colectiva. Del dolor incommensurable de la muerte de un ser querido, de un afecto, al abrazo infinito de un pueblo. De esa desgarradora experiencia aparecieron las flores. Esas flores que Néstor sembró. Esos jóvenes que desde los lugares más remotos empezaron a llegar a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Primero para paliar la angustia insoportable que brotaba en los barrios, en las calles, en las casas. Para después, casi como un acto reflejo, convertirse en una solidaridad que unió y organizó la recuperación de la ciudad de La Plata.

Cristina Fernández, la Presidenta de la Nación, en nombre de un Estado militante, fue a buscar a sus vecinos, los de Tolosa, los de su juventud. Caminó, los abrazó y los escuchó. Y entonces nos reconfirmó que, "la Patria es el Otro". Que lo más importante es la gente, el pueblo. La solidaridad se hizo carne en los jóvenes. El pueblo creyó en ellos, se entregó, confió. Jóvenes militantes, voluntarios, los vecinos. El ejército represor, asesino, resignificado en solidario. Y en por qué no ejército militante, lanzado en la recuperación de un rol patriótico.



La Universidad Nacional de La Plata como parte del estado nacional, en una definición práctica de que significa una universidad al servicio del pueblo, se constituyó en la sede logística de la solidaridad y la recuperación. Una universidad pública que en nombre de la "autonomía", transitó muchos momentos de la historia disociada de los procesos populares. Hoy, al calor de este nuevo proceso histórico, se puso y se pone, en discusión los modos de ser y hacer la universidad. Autónomo no puede ser sinónimo de autista y esto se demostró en el modo en que se volcó la comunidad universitaria a resolver la emergencia concreta y a pensar y repensar de qué modos, con qué proyectos, y desde múltiples lugares se buscan respuestas estructurales a los vecinos de la ciudad. Esto no es casual, es producto de una convicción que se gesta en el vértice donde la razón y el corazón se encuentran para dar una respuesta militante. Porque donde hay una necesidad, nace un derecho sentenció Evita.

En un mundo paralelo el relato, el de los medios hegemónicos, el de los dueños de todo. Los de la frivolidad, el plano corto, los de la miseria por la miseria misma. Y la estigmatización perversa, la de la pechera "maldita", la de la no identidad. Trabajando en la deslegitimación de una militancia que desde el amor y la convicción pone el cuerpo por el otro, por el vulnerable, por el desprotegido, y se entrelaza con él. Una militancia que lucha a cara descubierta, que cree en la identidad colectiva y en la política como eje de la transformación, de la reparación.

Aquí es donde aparece la eterna paradoja de nuestras naciones. Pensando en la Patria Grande y en el rol que



cumplen los medios hegemónicos en todo el continente. La mentira, las falsas dicotomías, el teje y maneje que en función de sus intereses económicos construyen una única realidad posible, es lo que permite construir una plataforma de discusión que agota las hipótesis, que estrangula casi hasta la asfixia, todo lo que se produce desde otros paradigmas. Todo lo que no se hace a favor de la reproducción del capital. Todo aquello que se elige invisibilizar. Aquello que produce otros sentidos y que se decide, mediante operación mediática, estigmatizar, demonizar e incluso ridiculizar hasta el hartazgo, a fin de producir un único sentido posible: el hegemónico.

Detenerse en discutir la pechera, es negarse a ver todo lo otro. Es negarse a ver que el sentimiento solidario de muchísimos argentinos está más vivo que nunca. Es abandonar la posibilidad de mirar que las organizaciones militantes, miles de voluntarios, la cruz roja, universidades nacionales, los cascos blancos, militantes religiosos, la gendarmería y el ejército, trabajaron juntos en una de las campañas solidarias más importantes de la historia de nuestro país. Y esto fue posible por una decisión política de la Presidenta de la Nación, que en persona supervisó

**En un mundo paralelo el relato es de los medios, los dueños de todo. De la frivolidad del plano corto a la miseria por la miseria misma.**

lo hecho. Y entonces la contradicción es clara mientras los medios-empresa ponen en duda la libertad de expresión y hablan de censura, un periodista de la *TV Pública* (Ex periodista de *Clarín*), decide que lo importante para contarle al país es que los militantes usan pecheras para entregar donaciones. Y acá estallan las preguntas.

Acá parece que explotara todo lo vivido, todo lo trabajado, todo lo sentido por muchos que desde distintos lugares ideológicos pusimos el cuerpo a esta ardua tarea. Porque desde el posicionamiento hegemónico se hace un cuestionamiento moral a aquello que no tiene más forma que simplemente ser. Miles de militantes, que asumen su identidad como tal y que trabajan en función de qué hacemos con lo que tenemos y cómo construimos un país cada vez mejor. Desde la convicción de ver que el Estado también es militancia. Porque hubo pecheras de todos los colores, porque hubo remeras de rock, de fútbol y sí, también de La Cámpora. Pero desde el discurso dominante, se discute una simple pechera, tiñéndola de oscuridad y estigmatizándola para que lo único que se reproduzca en el sentido común sea desvalorizar lo que ocurrió. Y esto no es algo inhóspito, esto es una operación más de los poderosos de siempre porque como escribió Rodolfo Walsh, "nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas".